

EL FIN DE LA EPISTEMOLOGÍA MÍTICA O EL CAMBIO DE PARADIGMA EPISTEMOLÓGICO

José Maria Vigil

El epistemológico es el último de los grandes cambios de paradigma que nos están desafiando al grupo de los creyentes más de frontera. No es algo nuevo, ni es la primera vez que se presenta. En la historia ya se le ha visto, recurrentemente. Pero estamos ante un nuevo embate, una nueva vuelta de tuerca, después de un período en el que creíamos que no había problema epistemológico para nuestra fe, instalada en un cómodo «realismo ingenuo», hasta hace sólo unas décadas. Vuelve ahora, de nuevo, el desafío epistemológico, y probablemente vuelve en el mismo plan que otros paradigmas, «en espiral», volviendo a pasar por donde ya pasó, con las mismas propuestas, sólo que con más fuerza y con más profundidad, entrando más adentro y más profundamente.

(Otros paradigmas -que por haber aparecido antes los consideramos «anteriores», pero que son de hecho coetáneos, y simultáneos, porque todos están ahí en la arena, luchando juntos- son el paradigma moderno (teología reconciliada con la modernidad), el liberador (teología de la liberación), el feminista (intento de superación del patriarcalismo), el ecológico (en cuanto encuentro con la llamada «ecología profunda»), el post-religional (la asimilación de los nuevos planteamientos antropológico-culturales sobre la religión, su origen y sus mecanismos de funcionamiento), y el posteísta (en cuanto asume crítica al teísmo mismo y diálogo con las religiones no teístas). Tras todos ellos -que no

dejan de ser grandes compartimentos en los que podríamos encontrar desdoblamiento y subdivisiones- mi percepción es que el último cambio de paradigma que viene asomando por el horizonte, es el cambio de paradigma epistemológico, y que no va a ser menos conmocionante).

Creo que podemos presentarlo claramente como algo surgido fuera de la religión. No lo están planteando los teólogos, ni la teología, ni los creyentes en cuanto tales, ni la fe. El cambio se está dando hace tiempo, en la cultura moderna, fuera del mundo de la fe. Pero las personas religiosas no dejamos de estar en esa cultura, y no dejamos de avanzar con ella, de modo que tarde o temprano también cambiamos con ella. Y lo que está sucediendo es eso: que la epistemología actual es otra, ya no es la que era, la que era también nuestra cuando comenzamos a ser creyentes. Paulatina e imperceptiblemente, sin afrontar el cambio conscientemente, hemos ido cambiando nuestra propia epistemología, al mismo ritmo con que la ha ido cambiando la sociedad, y llega un momento en que nos damos claramente cuenta del hiato, de la separación, del conflicto que se da entre una fe que había sido elaborada con otra epistemología, y la nueva epistemología (el cambio de paradigma epistemológico) que ya es nuestra.

Es el conflicto fe-razón. Pero... ¿no era ése un conflicto ya superado?

Su última gran edición había sido en el siglo XVII, nada menos que entre la Iglesia-Inquisición y la astronomía de Galileo Galilei. En vida suya acabó francamente mal: Galileo sólo salvó la vida porque se acobardó y claudicó -aunque dicen que no dejó de murmurar aquel epur si muove, que tres siglos más tarde sería reconocido vencedor. La Inquisición (ahora llamada Congregación para la Doctrina de la Fe) «le rehabilitó» (creo que la que necesitaba rehabilitación era ella, no Galileo, que siempre estuvo en lo cierto), y hasta le ha erigido una estatua en los jardines vaticanos, y ha declarado acabada la posibilidad de nuevos conflictos

entre ciencia y religión. Consta en un buen número de discursos solemnes de la ocasión.

Pero entonces, ¿ya no puede darse un nuevo conflicto entre la ciencia y la religión? La problemática inherente al cambio de paradigma epistemológico nos dice que sí. Lo que experimentamos en ese cambio es un conflicto exactamente igual que el que se dio con la astronomía en el caso de Galileo.

Galileo vio (porque lo suyo no era especulación, sino simple observación) que el mapa del cielo no era como decía la religión -apelando incluso a la Revelación, a la autoridad divina por tanto-. Los astros, y la Tierra misma, estaban dispuestos de otra manera. Posiciones que se consideraban obvias desde la fe (centralidad de la tierra, el lugar del plan de Dios, de la creación del ser humano, de la redención del Hijo de Dios), eran contradichas por la nueva astronomía. Ya no se podía seguir creyendo en el viejo mapa. Había que hacer la transición entre una fe geocéntrica y antropocéntrica, a otra heliocéntrica, con todo lo que ello implicaba.

Algo semejante está ocurriéndonos con la epistemología ahora (e insisto en que este “ahora” es por lo que toca a nosotros, no porque estemos ante una novedad histórica absoluta). También nosotros hemos venido creyendo, desde hace bastante tiempo, con un «mapa epistemológico» tradicional, y el telescopio epistemológico de los nuevos Galileos actuales nos dice que aquel mapa está viejo, que no es adecuado, que no corresponde a la realidad, y que el verdadero es otro.

Nos encontramos entonces, en nuestra propia conciencia, con una nueva edición del conflicto fe-razón, por muy superado que lo teníamos declarado después de que la Iglesia rehabilitara a Galileo. De hecho, como personas de hoy, funcionamos ya con una nueva epistemología,

pero en el plano de nuestra religiosidad, ésta, sigue moviendo todas sus piezas dentro del esquema de mapa viejo, el que ya hemos desechado en la sociedad. La esquizofrenia está servida: una epistemología en la calle y en la ciencia, y otra en la religiosidad.

No estamos queriendo construir una alegoría, sino tratando de referirnos a un conflicto real. Concretemos pues cuáles son esos conflictos concretos que se dan en el viejo mapa epistemológico que habíamos heredado y que todavía muchos creyentes manejan en su religiosidad.

- La vieja epistemología nos decía que la verdad era «adaequatio rei et intellectum»: la verdad de nuestras afirmaciones consistía en que expresaban certeramente la adecuación, la correspondencia cabal entre lo que nuestra inteligencia cree y la realidad objetiva. Nuestras afirmaciones -atención: también las religiosas- están respaldadas por una correspondencia fidedigna y en última instancia comprobable con la realidad. Hay una realidad firme y contundente que respalda nuestras afirmaciones verdaderas.

Limitándonos al campo religioso: nuestra epistemología tradicional de base, aquella con la que hemos estado funcionando durante siglos las personas religiosas, nos aseguraba que todo lo que nuestra teología, nuestra fe, nuestra revelación, nuestras creencias religiosas, nuestro «imaginario religioso»... afirman, se corresponde con la realidad, directamente. Más allá de posibles errores menores, el grueso de la cosmovisión religiosa objeto de nuestra fe se corresponde con la realidad, es decir, «describe» la realidad. Cuando hacemos una afirmación religiosa estamos describiendo la realidad religiosa. Por eso, podemos hablar de ella con todo realismo, como quien sabe y conoce el terreno que pisa.

Bueno, pues hoy la epistemología moderna mayoritariamente afirma que esto no es así. Que se acabó el tiempo del «realismo ingenuo».

Que nuestras afirmaciones no «describen» la realidad, sobre todo la religiosa. Que cuando nos expresamos con tanta firmeza y seguridad sobre el mundo religioso, nos parece movernos en el terreno mismo de esa realidad, pero en realidad sólo estamos manejando un mapa, y que «el mapa no es el territorio». El mapa es una construcción nuestra para manejarnos, para habérselas con el territorio. Pero, a diferencia de lo que ocurre en el mundo de la geografía o topografía, en el mundo de lo religioso, no hay un mapa, sino que puede haber muchos, porque ese tipo de realidad puede ser re-presentado de muchas maneras, que, obviamente, no «describen» la realidad a la que se refieren. No consiguen nunca una *adaequatio rei et intellectum*.

No hace falta decir que si aceptamos esta nueva epistemología -que aquí no vamos a justificar, pero que afirmamos que es hegemónica en los sectores avanzados de la sociedad-, salta hecha pedazos la epistemología clásica religiosa, por ejemplo la del cristianismo tradicional, que ha afirmado milenariamente que su visión religiosa corresponde objetivamente a la realidad religiosa misma.

- La vieja epistemología religiosa se fundamentaba en las creencias que vehiculaban los «relatos sagrados», los mitos -en el mejor sentido de la palabra-. Todas las religiones los tienen. Narraciones referidas normalmente a un tiempo primordial, cargadas de valor simbólico, a través de las cuales se vehiculan valores y creencias fundamentales para esa determinada religión. Los relatos se consideraban literalmente históricos, ciertos, literales, y además, casi siempre «revelados», es decir, dados a conocer a la humanidad por parte de la divinidad, lo cual les otorgaba, si cabe, un mayor valor de credibilidad, total, obligatoria.

Por ejemplo, durante más de 17 siglos en el mundo cristiano actualmente de ámbito protestante, y durante más de 19 en los ámbitos católicos, los cristianos han estado pensando por ejemplo que era histórico y literal el

contenido de la Biblia. Sólo en los últimos doscientos años para los protestantes, y en el siglo pasado para los católicos, se ha tomado conciencia del carácter mítico de esos textos. Son literatura «mítica» -insistimos una última vez que la palabra no tiene para nosotros sentido negativo-, elaboraciones religiosas que vehiculan no una información histórica sino un mensaje de alto valor simbólico o axiológico.

También aquí, la crisis que puede causar al cristiano esta nueva perspectiva epistemológica es grave. Porque todo el capital simbólico del cristianismo ha sido milenariamente transmitido avalado por una seguridad de certeza literal histórica que permitía confiar plenamente en ella y que descartaba la tentación de no someterse a su propuesta religiosa. Saber ahora que aquello no es historia, que no son narraciones literales fidedignas o «descripciones -aunque sea narrativas- de la realidad», sino sólo símbolos, produce una gran conmoción en la persona religiosa de visión tradicional.

Por este paso a una interpretación no literal-descriptiva de los mitos, es por lo que hablamos de fin de la «epistemología mítica», de aquella epistemología que los interpretaba como descriptivos y literales. Pero el problema epistemológico es mucho más amplio que lo que tiene que ver con los mitos.

- Tradicionalmente, la religión ha gozado de un respaldo de credibilidad sagrada, como estando respaldada por un tipo de pre-existencia eterna, desde el momento en que fue creada la humanidad misma y recibió de Dios la encomienda religiosa. La religión ha sido tradicionalmente considerada como el supremo cuerpo de sabiduría primordial, respaldada por la revelación divina, siendo por ello la única mediación válida para cualquier forma de auténtica vida espiritual.

Hoy, la antropología cultural y la epistemología nos desvelan el aspecto más natural y más humano de la religión: ésta es también construcción humana, que ha seguido caminos diferentes en las diferentes culturas. Las religiones son obras geniales del ser humano, que ha echado mano de ellas a partir de un determinado momento crítico de su historia para sostener y programar la sociedad, dando cauce a la vez a la experiencia religiosa de la humanidad. Para dotar de fuerza absoluta a las creencias que configuraban su cosmovisión, la religión echó mano del recurso de atribuir las a Dios; serían su revelación. Hoy sabemos que eso fue simplemente un recurso, genial, pero que somos nosotros los verdaderos constructores de nuestra religión; o esto es al menos lo que dice la nueva epistemología.

Obviamente, también aquí estamos ante otro desafío, y no menor: ¿estaríamos creyendo en el mismo cristianismo cuando creemos que nuestra religión es revelada y vino de arriba, que cuando nos parece reconocer el itinerario y el mecanismo interno de su «gestación humana»? Es obvio que si aceptamos lo que la epistemología nos dice haber descubierto, tenemos necesidad de reformular nuestra fe.

- La epistemología actual nos dice que el conocimiento no es tan simple como la «simple aprehensión» que en la lógica clásica se atribuía al origen de los conceptos: la realidad está ahí fuera, y por medio de las ventanas de los sentidos, esta realidad deja pasar su impronta sobre la mente humana y se forma de ese modo el concepto, que como su nombre indica, es una «concepción», el fruto de una fecundación, la de la mente, por obra de la realidad. Así, directamente tal, sería la relación entre la realidad y la mente.

Pero no; la epistemología actual nos dice que esa «fecundación» no es tal. Nos dice que no conocemos directamente, por dejarnos penetrar por la realidad, sino que nuestro conocimiento es una «re-presentación», por

la que la recreamos en nuestra mente para manejarla, para manipularla de cara a hacernos seres vivientes más eficientes, y que por medio del lenguaje podemos comunicarla y compartirla con nuestros semejantes, para el mismo fin.

Pero para construir esa re-presentación, filtramos la realidad. No nos abrimos simplemente a ella, sino que seleccionamos, interpretamos según nuestro interés, «conocemos como» en función de patrones instalados en nuestra mente, y con esas captaciones selectivas a partir de nuestros modelos, elaboramos nuestro pensamiento, que viene a ser una modelación de la realidad que nos resulta útil para nuestros propósitos de seres vivientes.

Relevancia especial tiene el lenguaje, que no es sólo un medio de comunicación, sino que se constituye para nosotros en «la casa del ser». Lo que es, lo re-presentamos siempre con las palabras, con el lenguaje, y sin él, sin ellas, no es posible para nosotros el pensamiento. El conocimiento es una versión de representación de la realidad que nos resulta útil para habérselas con ella y para compartirla con los demás -como seres simbióticos que somos-. Pero esa «versión» de la realidad, no pretende ser una fotografía de la misma, sino sólo un medio para sobrevivir, por lo que será sustituida por otra versión en cuanto encontremos o seamos capaces de construir otra mejor, más práctica, más útil.

Así es la ciencia actual, muy modesta, que no reivindica orgullosamente objetividad ni seguridad, no. Prefiere reconocer humildemente su provisionalidad. No pretende demostrar nada. Sabe que sólo hace hipótesis, reconocidamente provisionales, que serán sustituidas por otras mejores en cuanto alguien las encuentre. El conocimiento, así, en la nueva epistemología, no es ya realista-objetivista; pretende ser más bien simplemente funcional, útil, práctico. Y la evolución de nuestro pensamiento es una continua creación de «versiones» elaboradas de la realidad (no

«copias o fotocopias» automáticas). No tenemos otro acceso a la realidad que no sea éste de hacer versiones de ella, y es de esa forma como nos acercamos a ella: es decir, esas elaboraciones o versiones no son modelaciones vanas, sino que tendencialmente, unas son mejores que otras, nos acercan a la realidad; no son simples palabras, simple lenguaje fuera del cual no hubiera nada.

También aquí se echa de ver fácilmente la contradicción y casi a primera vista incompatibilidad entre lo que esta posición epistemológica actual afirma y lo que la epistemología religiosa tradicional ha sostenido y todavía sostiene. El desafío el desarrollo actual de esta epistemología obliga a recrear la comprensión misma de la religión, si no se quiere caer en la esquizofrenia. ¿Es posible, será posible, ser persona religiosa y compartir la nueva epistemología? Yo estoy convencido de que sí, pero ciertamente, al precio de recrear la religión expresándola desde el nuevo (cambio de) paradigma epistemológico.

- Apuntemos a un último rasgo, peculiar del nuevo paradigma epistemológico: el «abandono del segundo piso». Tomo la imagen de Roger Lenaers, en su libro «Otro cristianismo es posible». Lenaers hace en ese libro un análisis muy interesante sobre las subterráneos epistemológicos de la religión tradicional. Sostiene que bajo la religión, como bajo todo sistema de pensamiento, hay unos axiomas básicos, axiomas que, por ser tales, no pueden ser demostrados, pero que proporcionan unos planteamientos de base imprescindibles para moverse en un determinado sistema de pensamiento. Todo sistema tiene esos axiomas o postulados básicos, muchas veces desconocidos, transparentes, que sin embargo están omnipresentemente actuantes.

Uno de ellos es la división del mundo en dos pisos. Desde hace miles de años, la mayor parte de las religiones se han apoyado sobre esa cosmovisión del mundo. Hay, encima de este mundo, otro mundo, superior,

donde Dios reina y desde donde da órdenes sobre este mundo nuestro, que depende enteramente de aquel piso superior, en una clara e indiscutible «hetero-nomía». Probablemente fue Platón quien mejor expresó, realmente con genialidad, ese esquema de pensamiento, sobre todo en el *Timeo*. Las religiones han vivido totalmente pendientes de ese mundo de arriba, de ese segundo piso, fuente de revelación y de heteronomía. Y ha sido la modernidad, como fruto de la revolución científica iniciada en el siglo XVI, la que poco a poco ha desmontado esa idea del segundo piso. La modernidad es el reconocimiento de este mundo en todo su valor, rechazando la dualidad de mundos tradicional religiosa.

Qué duda cabe de que todavía hoy la mayoría de las personas religiosas, aun viviendo civilmente en medio de la modernidad, tienen anclada su visión religiosa enteramente en la cosmovisión tradicional premoderna dualista y heterónoma de un mundo en dos pisos... En el mundo diario, en el trabajo, en la calle, en la ciencia, en la economía, en la política, en la medicina... todo funciona para ellos en un solo piso, etsi Deus non daretur; pero en el plano de su conciencia íntima y de su religiosidad, pueden seguir cómodamente instalados en el doble piso religioso premoderno tradicional. ¿Aceptaremos la epistemología actual, o preferiremos conservar la religión premoderna para no correr riesgos innecesarios?

Concluamos

La epistemología -el «conocimiento del conocimiento»- es una dimensión inalienable del ser humano. No hay ser humano completo sin su epistemología. No hay tampoco por tanto ser humano religioso completo sin epistemología. El problema es que ese ser humano religioso puede albergar dos epistemologías en conflicto: la que recibe, como por ósmosis, de la sociedad moderna, que está en continuo desarrollo y transformación, y la que arrastra consigo la religión que profesa, que normalmente procede de los tiempos premodernos, todavía practica

el «realismo ingenuo», en no pocos casos interpreta todavía los mitos literal-descriptivamente, cree que la verdad sigue siendo la *adaequatio rei et intellectus*, ignora enteramente la mediación de nuestra forma precisa de conocer mediante modelos, filtros selectivos, modelaciones, y, desde luego, sigue viviendo en el piso de abajo, en «este valle de lágrimas» pero pendiente heterónomamente de la norma venida de arriba. Quienes albergan en su corazón y en su mente los dos mundos epistemológicos contrapuestos y tal vez incompatibles, están destinados a sufrir esa esquizofrenia todavía hoy tan frecuente.

Quienes, por el contrario, han decidido -o así lo experimentan sin haber tomado decisiones- ser personas de hoy plenamente, es decir, en todas las facetas de su vida, también en la dimensión religiosa, se ven abocadas a un proceso de maduración, de relectura de su cristianismo desde la nueva epistemología. Los creyentes clásicos más tradicionales no se reconocen en ese cristianismo, tan distinto del de los cristianos que aceptan la epistemología moderna; muchos de aquellos creen que en realidad no es posible el intento, y que esos cristianos de la nueva epistemología ya no son tales, ya no son cristianos. Es lo mismo que los cardenales pensaron de Galileo Galilei y por eso decidieron en conciencia quemarlo si no se arrepentía. Tuvieron que pasar 300 años para que la Iglesia aceptara el geocentrismo, y han tenido que pasar cuatrocientos para que le dedicara una estatua en los jardines vaticanos.

Es probable que no serán necesarios otros 300 años para que la Iglesia acepte la nueva epistemología, como los necesitó para aceptar la astronomía actual. El conflicto fe-ciencia ahora se está dando no con las ciencias físicas, sino con las ecológicas y las epistemológicas. Por eso es que esta superación de la epistemología mítica (y en sentido más amplio, con la epistemología no crítica, ingenua, idealista), es uno de los signos claros de ese cambio de paradigma que viene, el nuevo paradigma epistemológico.